



UNIVERSIDAD LA REPÚBLICA
SEDE ÑUBLE. CHILLÁN
ESCUELA DE PSICOLOGÍA
Psicología Ambiental

PSICOLOGÍA Y ARQUITECTURA

LA DIMENSIÓN OCULTA
EDWARD T. HALL
Capítulo XIII
pág. 206 – 210

Editorial Siglo XXI. 2003
(The Hidden Dimension, 1966)

rencia de Delos. Organizadas por el arquitecto, urbanista y constructor griego C. A. Doxiadis, las conferencias de Delos reúnen anualmente un impresionante conjunto de expertos de todo el mundo cuyos conocimientos teóricos y prácticos pueden contribuir al estudio correcto de lo que Doxiadis llama equística o estudio de los poblamientos o las poblaciones. Las conclusiones a que ha llegado este grupo de personas son: 1) Los programas de la Nueva Población de Inglaterra e Israel se basan en datos inadecuados y muy anticuados. En primer lugar, las ciudades eran demasiado pequeñas, pero aun las dimensiones mayores propuestas últimamente por los planificadores ingleses se basan en muy limitadas investigaciones. 2) Aunque la opinión pública no ignora la desesperada situación de las megalópolis en crecimiento continuo, nada se hace al respecto. 3) La combinación del catastrófico incremento del número de automóviles y del de habitantes está produciendo un caos que no se puede corregir a sí mismo. O las supercarreteras precipitan los automóviles hacia el corazón de la ciudad (con los efectos de congestiónamiento que se advierten en Londres y Nueva York), o la población deja el paso a los vehículos y desaparece bajo una marcha de viaductos, como en Los Ángeles. Para el ulterior desarrollo de nuestra economía, pocas actividades promoverían una gama tan amplia de industrias, servicios y destrezas como la reconstrucción de las ciudades del mundo. 4) El planteamiento, la enseñanza y la investigación de la equística no sólo deben ser coordinados y garantizados sino que los gobiernos deben concederles la máxima prioridad.

PSICOLOGÍA Y ARQUITECTURA

Para resolver formidables problemas urbanos se necesita no sólo la habitual camarilla de expertos (urbanis-

tas, arquitectos, ingenieros de todo tipo, economistas, especialistas en la aplicación de las leyes, peritos de tránsito y transportes, educadores, abogados, trabajadores sociales y teóricos de la política), sino cierto número de expertos de otro tipo. Raramente, o nunca, se concede calidad de miembros permanentes en los departamentos de planificación urbana a los psicólogos, los antropólogos y los etólogos, pero debería concedérseles. Los presupuestos de investigación no deben abrirse y cerrarse a capricho, como ha solido suceder. Cuando se trazan planes buenos y viables, no debe darse a sus creadores el espectáculo del desastre a la hora de proporcionar los medios, a menudo con la excusa de la política o la oportunidad o inoportunidad. Además, no deben ir separados planeamiento y renovación, sino que ésta debe ser parte integrante de aquél.

Piénsese en las viviendas construidas para grupos de bajos ingresos en Chicago, en que se advierte la tendencia a aparentar y disimular, pero no a resolver el problema fundamental. Recuértese que la población de bajos ingresos que está afluyendo a Chicago y otras muchas ciudades norteamericanas es en gran parte negra, y procede de zonas rurales o pequeñas poblaciones del sur. La mayoría de esas personas no tiene tradición ni experiencia de la vida urbana. Como los blancos de los Apalaches o los puertorriqueños, muchos negros adolecen también de una educación totalmente inadecuada. Es menos desconsolador mirar hilera tras hilera de altos edificios que de tugurios o jacales, pero es más inquietante vivir en esos edificios que en buena parte de lo que remplazaron. Los negros han sido particularmente francos en su condena de las casas altas, en que solamente ven el dominio blanco y un monumento al fracaso en las relaciones étnicas. Y hacen bromas acerca del modo en que los blancos están apilando negros sobre negros, en altos montones. Los grandes edificios no resuelven muchos problemas fundamentales del hombre. Me decía un locatario a propósito de su edificio: "No

es lugar para criar uno su familia. Una madre no puede cuidar a sus hijos cuando están en el terreno de juego, quince pisos más abajo. Los rudos les pegan, los elevadores no siempre funcionan y están muy sucios (en son de protesta contra los edificios, la gente hace en ellos sus necesidades), son lentos y poco seguros. Cuando quiero ir a mi casa, lo pienso dos veces, porque podría pasar media hora esperando el elevador. ¿Ha tenido usted que subir quince pisos a pie alguna vez porque el elevador no servía? Seguramente no con tanta frecuencia...”

Por fortuna, algunos arquitectos están empezando a pensar en tipos de dos, tres o cuatro pisos planeados con vistas a la seguridad de los humanos. Pero hay muy pocos datos acerca del tipo de espacio más apropiado para el negro. Yo tuve una experiencia con un regimiento negro de servicios generales de ingeniería en la segunda guerra mundial. Se había formado en Texas y participó en las cinco campañas de Europa. Pero solamente fue al llegar a las Filipinas cuando aquellos milites hallaron una *escala* de vida apropiada para ellos. Se imaginaban muy bien adaptándose a la sociedad y la economía filipinas, montando un negocio en una cabaña de bambú no mayor que dos cabinas telefónicas. La plaza del mercado, descubierta y rebosante de actividad, parece más conveniente para las necesidades proxémicas del negro que las abarrotadas tiendas norteamericanas, encerradas entre paredes y ventanas.

Quiero decir que en definitiva me parece que ha de resultar la *escala* un factor clave en la planificación de poblaciones, colonias o barriadas y viviendas. Y es de la mayor importancia que la *escala* urbana esté de acuerdo con la étnica, ya que cada grupo étnico parece haber creado su *escala* propia.

Hay además diferencias de clase, tratadas en la obra del psicólogo Marc Fried y los sociólogos Herbert Gans, Peggy Gleicher y Chester Hartman, en una serie de

importantes publicaciones sobre el West End de Boston.

En los planes de Boston para limpiar los tugurios y renovar la ciudad no se tomó en cuenta el hecho de que los barrios obreros eran muy distintos de los de la clase media. Los residentes del West End estaban muy relacionados unos con otros; para ellos los pasajes, las tiendas, las iglesias y aun las calles eran parte esencial de la convivencia de una comunidad. Como señala Hartman, en el cómputo de la densidad de población del West End se halló en realidad varias veces el espacio vital disponible que aparecería juzgando con las normas de la clase media, basadas tan sólo en la unidad habitacional. También se trató de la “aldea urbana” (expresión de Gans). El West End de Boston estaba destinado a hacer ciudadanos de los campesinos inmigrantes, proceso que requería aproximadamente tres generaciones. Si se trataba de “renovarlo”, una solución más satisfactoria hubiera sido mejorar, no destruir toda la barriada, que no comprendía edificios solamente, sino también sistemas sociales. Pero cuando la renovación urbana impuso el traslado a espacios más modernos pero menos armonizados, un importante número de italianos se sintieron deprimidos y perdieron visiblemente el interés por la vida. Les habían hecho pedazos su mundo, no por maldad ni cálculo, sino con la mejor de las intenciones, porque, como dijo Fried, “el hogar no es sólo una casa sino una zona local donde se viven algunos de los aspectos más interesantes de la vida”. Aparte de todo lo demás, la relación de los habitantes del West End con su aldea urbana era cuestión de *escala*. La “calle” era algo familiar e íntimo para ellos.

Se sabe poco de *cuesión* tan abstracta como la *escala*, pero estoy convencido de que representa una faceta de las necesidades humanas que en definitiva el hombre necesitará conocer, porque afecta directamente al juicio acerca de lo que constituye la debida densidad de población. La determinación de normas sanas de densidad urbana es además doblemente difícil porque se desco-

nocen las reglas fundamentales para estimar el tamaño adecuado de la unidad de vivienda familiar. En los últimos años, las dimensiones de los espacios de habitación se han ido deslizando subrepticamente de lo apenas suficiente a lo de plano insuficiente, a medida que aumentaban las presiones económicas y otras. No solamente los pobres sino también los acomodados son estrujados por los constructores especuladores de grandes edificios, que liman aquí un poquito y raspan allá otro poquito para reducir los costos y aumentar los beneficios. Y tampoco pueden considerarse las unidades fuera del contexto. Un apartamento apenas suficiente resulta inhabitable para algunas personas en el preciso momento en que se alza al lado un gran edificio para taparle la vista.

PATOLOGÍA Y SOBREPoblACIÓN

Como en la relación entre el tabaco y el cáncer, los efectos acumulativos del hacinamiento por lo general no se notan sino cuando el daño ya está hecho. Hasta ahora, lo que más se sabe del lado humano de las ciudades son los hechos escuetos de la delincuencia, la ilegitimidad, la insuficiente instrucción y las enfermedades; y actualmente lo que con mayor urgencia necesitamos es investigación inteligente en gran escala. Aunque hay muchos estudios de la vida urbana que probarán su relevancia en cuanto se reconozca la relación del sumidero urbano con la patología humana, sólo se de uno directamente relacionado con las consecuencias de la falta de espacio. Débese esa investigación al matrimonio francés Chombart de Lauwe, que reúnen los conocimientos y la práctica de la sociología y la psicología. Son ellos quienes han reunido algunos de los primeros datos estadísticos acerca de las consecuencias del hacinamiento en la vivienda urbana. Con integridad

típicamente francesa, los Chombart de Lauwe recogieron datos mensurables acerca de todos los aspectos imaginables de la vida familiar del obrero francés. Empezaron por registrar y computar el hacinamiento anotando el número de residentes por unidad habitacional. Este índice reveló muy poca cosa, y entonces los Chombart de Lauwe decidieron recurrir a otro: *el número de metros cuadrados por persona por unidad*. Los resultados fueron esta vez pasmosos; cuando el espacio disponible era inferior a ocho o diez metros cuadrados por persona, la patología social y física se duplicaba. Estaban decididamente relacionados enfermedad, delito y hacinamiento. Cuando el espacio disponible era *superior* a catorce metros cuadrados por persona, aumentaba también la incidencia patológica de ambos tipos, pero no tan marcadamente. Los Chombart de Lauwe no sabían cómo interpretar esta última cifra salvo diciendo que las familias de la segunda categoría por lo general tenían tendencia socialmente ascendente y dedicaban mayor atención a su empeño en subir que a sus hijos. Aquí debemos pedir cautela. Diez o trece metros cuadrados de espacio no son un número mágico. Es una cifra aplicable solamente a un segmento muy limitado de la población francesa en un momento particular y no tiene relevancia demostrable para cualquier otra población. Para computar el hacinamiento en diferentes grupos étnicos es necesario recordar por un momento los capítulos anteriores acerca de los sentidos.

El grado en que las personas se relacionan unas con otras sensorialmente y el modo de emplear su tiempo determinan no sólo el punto en que estarán hacinadas sino también los métodos aplicables al alivio del hacinamiento. Los puertorriqueños y negros tienen un grado mucho mayor de relación sensorial que los habitantes de Nueva Inglaterra y los norteamericanos de origen escandinavo o teutón. Según parece, las personas altamente relacionados con los demás requieren densidades